

Bruno y la Eguillete, se cubrieron muy pronto de fortificación trazadas por ingenieros franceses.

Apenas había tomado el mando el general Dugommier y se había reunido todo el ejército sitiador; cuando se resolvió emprender un ataque contra los fuertes de los collados que cubrían el puerto; con este objeto, mientras que se hacia un falso ataque contra Cabo Bruno, se dirigió el principal esfuerzo á fin de posesionarse de la Montaña de Faron y del fuerte de Malbousquet. Colocóse para este objeto la artillería de sitio bajo la dirección de un joven oficial destinado á obscurecer la gloria de todos sus predecesores en la historia Europea, era Napoleón Bonaparte. Bajo su hábil dirección comenzaron á injuriar seriamente las obras de la fortaleza, por lo cual la guarnición resolvió hacer una salida. [1]

El 30 de Noviembre, tres mil hombres de la ciudad hicieron una salida con el objeto de destruir las fortificaciones de las alturas de Arennes de las cuales se experimentaban mayores daños, mientras que otra columna casi de la misma fuerza que salió en otra dirección, estaba destinada á forzar las baterías de la garganta de Oullioulles y destruir al mismo tiempo el gran parque colocado allí. Ambos ataques salieron al principio perfectamente bien; las baterías fueron tomadas y el parque estaba á punto de tomarse

(1) Jom. IV, 219, 220.

igualmente, cuando Dugommier avanzando á sus tropas, las condujo á la carga y logró rechazar á los vencedores. En la parte de Arennes la salida fué igualmente afortunada, tomáronse todas las obras del enemigo y clavaron sus cañones; pero dejándose llevar el destacamento de un ardor excesivo, persiguió demasiado lejos al enemigo, siendo á causa de esto atacado á su vez por tropas de refresco conducidas por Napoleón, y rechazado hasta la ciudad con pérdida considerable. El general O'Hara que recientemente había llegado de Inglaterra, fué herido en este ataque, y Dugommier fué maltratado dos veces por balas frías, pero sin experimentar ningún daño de consideración [1].

Toda la fuerza de los sitiadores se dirigió entonces contra el reducto inglés levantado en el centro de las fortificaciones, sobre la garganta de Eguillete, considerada como la llave de la defensa en aquella parte. El fuego de los sitiadores después de batir por mucho tiempo á las fortalezas, llegó casi á hacerse incesante en todo el día del 16 de Diciembre; y á las dos de la mañana del 17, los republicanos avanzaron al asalto. Un fuego terrible de metralla y mosquetería los recibió desde las fortificaciones, llenándose muy pronto el foso de muertos y heridos. La columna fué rechazada, y Dugommier que la mandaba, lo había ya dado todo por perdido; pero tropas des-

(1) Ann. Reg. 1793, 114. Jom. IV, 220. Toul IV, 85. Th. VI, 55, 56. Nap. I, 19, 5.



cansadas avanzaban continuamente con grande intrepidez; al fin los españoles á quienes se habia encomendado una parte de la línea, fueron vencidos al mismo tiempo que se rodeó el destacamento inglés, del cual habian caido casi trescientos hombres mientras defendian los atrinchamientos. Una vez posesionado el enemigo de este fuerte, el mantenimiento de las fortificaciones exteriores era de todo punto impracticable, así es que, durante la noche, las tropas aliadas se retiraron del promontorio á la ciudad de Tolon (1). Napoleon habia recomendado fuertemente esta medida, pues la posesion de aquel fuerte que dominaba el interior del puerto, pondria en gran peligro á la flota y de este modo les haria probablemente desocupar la ciudad.

Mientras que se ganaba este importante triunfo en la parte de Enguilette, no fueron los republicanos menos afortunados en la otra estremidad de la línea. Antes de romper el día y poco despues que el fuego habia cesado en el promontorio, emprendió el enemigo un ataque general contra todos los puestos que coronaban la montaña de Faron. Los republicanos fueron rechazados en la parte oriental, pero hácia el Norte, en la parte que se elevaba el monte á mil ochocientos pies de altura, cortado, pedregoso y aparentemente inaccesible, lograron acender-

(1) Jom. IV, 223. Toul. IV, 87. Ann. Reg. 1793, 415. Th. VI, 5657. Nap. I, 14, 22, 23.

lo por sendas que parecian impracticables. Apenas habian empezado los aliados á lisongearse con la derrota de lo que habian creido el ataque principal, cuando observaron las alturas que se levantaban sobre ellos coronadas de grandes batallones, al mismo tiempo que flameaba la bandera tricolor desde la cima mas alta de la montaña (1).

Estos triunfos proyectados por el genio de Napoleon, decidieron del destino de la plaza. Aunque es verdad que la guarnicion consistia en mas de diez mil hombres, y aunque las mismas obras de la ciudad estaban intactas, el puesto sin embargo era incapaz de defensa, pues los tiros de las alturas de Faron y del fuerte de Euguilette, dominaban toda su estension. Solo Sir Samuel Hood insistió ardientemente en que se hiciese un esfuerzo inmediato, para ganar de nuevo las fortificaciones exteriores; pero su consejo fué desechado por los otros oficiales y en consecuencia resolvióse desocupar la plaza [2].

Inmediatamente se tomaron medidas para llevar á efecto esta determinacion. Los aliados desocupan la plaza. Los fuertes exteriores que aun quedaban en poder de los aliados se abandonaron todos, y se informó á los principales habitantes, de que se les proporcionaria los medios de retirarse á bordo de los buques

(1) Ann. Reg. XXXIII, 415. Jom. IV, 223. Toul. IV, 88.

(2) Nap. I, 14. Ann. Reg. 1793, 415.



ingleses, al mismo tiempo que la flota se ponía fuera del alcance del fuego enemigo. Empero con una guarnición compuesta de naciones tan diferentes siguióse necesariamente una terrible confusión. Los napolitanos en particular abandonaron sus puestos y corrieron á bordo de sus buques con tanta premura, que fueron el ridículo de la guarnición entera (1).

Pero los desgraciados habitantes consideraban con sentimiento muy diferente, el modo precipitado con que se desocupaba su ciudad. Miraban ellos el triunfo de los republicanos como el precursor de la confiscación, del destierro, de la muerte y del reinado de la guillotina. Observaban con ansiosos ojos el embarque de los ingleses enfermos y heridos en la mañana del 18, y cuando no pudo ocultarse por mas tiempo la fatal verdad de que estaban á punto de ser abandonados, la desesperación y la angustia se apoderaron de todos los corazones. Las calles presentaron muy pronto el estado de una espantosa confusión. Al ver los jacobinos que muchos grupos de mugeres y niños se atropellaban á los muelles, comenzaron á incendiar algunas casas, y al instante las orillas del puerto se llenaron de una multitud desgraciada, que en el nombre de las cosas mas sagradas pedía que la salvaran de sus implacables enemigos. Tomáronse entonces sobre la marcha á bordo de los

(1) Ann. Reg. XXXIII p. 417. Jom. IV, 254. Th. IV, 57. Toul. IV, 88. James, I, 110, 115.

buques destinados para transporte á los infelices fugitivos; operación de no pequeño trabajo y dificultad por que su número pasaba de catorce mil (1).

Resolvióse en consejo, que toda la flota francesa que estuviese pronta para darse á la vela, saldría bajo las órdenes del almirante realista Troglöffe, y que se destruyese el resto con todos los almacenes. Este era un servicio de gran peligro, por que los republicanos acosaban muy de cerca á las fuerzas sitiadas que se retiraban, y sus tiros comenzaban ya á caer dentro del puerto. Sir Sidney Smith se ofreció voluntariamente á efectuar esta peligrosa empresa, y á media noche marchó al arsenal para comenzar la destrucción. Encontróse con que los galeotes, que ascendían á seis mil, la mayor parte sueltos, estaban prontos á disputarle su entrada en el arsenal; pero disponiendo una balandra inglesa de manera que sus cañones enfilasen el muelle, pudo sugetarlos, y al mismo tiempo detener á los jacobinos que en gran número y con ruidosos gritos se habían juntado al rededor de las palizadas exteriores. A las ocho remolcóse un brulote dentro del puerto, á las diez se aplicó la antorcha y las llamas se levantaron por todas partes. A pesar de la calma de la noche, el fuego se esparció con rapidez y alcanzó pronto á la flota: en corto intervalo quince buques de li-

(1) Ann. Reg. XXXIII, p. 416, 418. James's Naval History, I, 115. Th. VI, 59.



nea y ocho fragatas fueron consumidas y quemadas hasta el nivel del agua. Las vastas masas de humo que llenaban el firmamento; las llamas que se lanzaban cual si fuesen de lo profundo del mar subiendo hasta los cielos, la luz roja que iluminaba las mas distantes montañas, formaban, dice Napoleon, un espectáculo singular y sublime. [1] Hacia la media noche la fragata Iris, que contenia muchos barriles de pólvora, voló con una esplosion terrible, y poco despues el brulote Montreal experimentó el mismo destino. Las ardientes cenizas que caian en todas direcciones, y la espantosa violencia de los estallidos, ahogaron por un momento los gritos de los soldados republicanos apiñados entonces en la orilla de la costa y que observaban con una cólera rabiosa los progresos irresistibles del incendio. (2)

Ningun language puede espresar la escena de los horrores que se siguieron, cuando las últimas columnas de las tropas aliadas comenzaron su embarque. Gritos, chillidos y lamentos se oian tan solo por todas partes, mientras que pasando aquellos frenéticos clamores á través del puerto, iban á anunciar al campo de los soldados republicanos, de que habia desaparecido la última esperanza de los realistas. Los restos desgraciados de aquellos que habian favorecido la cau-

[1] Nap. I, 25.

(2) Ann. Reg. XXXIII, 418. Jom. IV, 226. James, I, 117. Th. VI, 58, 59. Nap. I, 25, 56.

sa real, y que habian descuidado embarcarse de los primeros, corrian á la costa, é imploraban con lágrimas y ruegos el favor de sus amigos ingleses. Las madres estrechaban á sus tiernos hijos contra su corazón; los niños desamparados y los ancianos decrepitos, veíaseles alargando sus brazos hácia el puerto, estremeciéndose al ruido mas leve que oian tras ellos, y hasta se precipitaban á las olas, para libertarse de la muerte menos misericordiosa que les guardaban sus paisanos. Todos los que pudieron apoderarse de algun bote, se arrojaban en el con frenética vehemencia, y sin remos siquiera se apartaban de la costa, dirigiendo su insegura y peligrosa marcha hácia sus primeros protectores. Sir Sidney Smith, con una humanidad digna de su alto rango, suspendió su marcha, hasta que no quedó en el puerto ni un solo individuo que reclamase su socorro, no obstante que el número total que llevaba ascendia á catorce mil ochocientos setenta y siete. [1] La tibieza ó timidez de los oficiales españoles, á quienes se encomendó la destrucción de los navios, que estaban en la bahia frente á la ciudad, los preservaron del incendio y salvaron así para la República, un resto compuesto de siete buques de línea y once fragatas. Estos y los cinco buques de línea enviados al rededor de Rochefort al principio del sitio, fueron todos los que quedaron de treinta y un buques de línea y veinte fragatas que exis-

(1) Joubert's Memoirs. p. 75. Jom. II, 226. Ann. Reg. 1793. 418. Fonville, 84, 87, 112.



tian en Tolon cuando cayó en poder de los aliados. Tres buques de línea y otras tantas fragatas, se trajeron intactas aplicándose al servicio inglés. El número total de buques tomados y destruidos fueron, diez y ocho de línea, nueve fragatas y once corbetas. [1] Los soldados franceses, observaron con una angustia inesplicable la destrucción de su flota; y todos los hombres pensadores previeron entonces, que la guerra que habia estallado entre los dos poderes rivales, no podia extinguirse sino por la destrucción de uno de ellos.

La tempestad que reventó sobre las cabezas de los desgraciados habitantes de Tolon, fué verdaderamente espantosa. Los soldados enfurecidos se precipitaron en la ciudad, y en su rabia mataron á doscientos jacobinos, que á su aproximación habian salido á darles la bienvenida. Por el espacio de veinticuatro horas, los desgraciados habitantes fueron presa de la brutalidad de los soldados y galeotes, á quienes se habia soltado contra la ciudad, y solo se puso un dique á estos horrores mediante la enorme suma de cuatro millones de francos, por la cual se redimieron los habitantes. Debe añadirse en honor de Dugommier, que hizo cuanto pudo para frenar la violencia de los soldados y mitigar la severidad de la Convencion contra los cautivos. Muchos miles de ciudadanos de todos sexos y

(1) Jom. IV, 225, 226. James I, 117. Th. VI, 60. Ann. Reg. XXVIII, 420.

edades perecieron en pocas semanas por la espada ó por la guillotina. Durante mucho tiempo, se degollaban diariamente doscientas personas, y á fin de demoler los edificios de la ciudad se tomaron á sueldo por la Convencion dos mil trabajadores de los departamentos vecinos [1].

Empero nada pudo apiadar el corazón de aquel cuerpo inexorable. A propuesta de Barrere, decretóse que el nombre de Tolon se cambiaria en el de "Puerto de la Montaña," que las casas serian arrasadas hasta los cimientos, y no se dejaria otra cosa que los establecimientos navales y militares. Barras, Freron y Robespierre el menor, fueron escogidos para ejecutar la venganza de la Convencion en la ciudad rendida. Formáronse inmediatamente comisiones militares; se llenaron las prisiones, establecióse el tribunal revolucionario y pusieron la guillotina en permanente actividad. El modo inhumano empleado en Lyon para metrallar á los prisioneros, fué imitado con espantoso efecto. Ochocientas personas habian perecido en el corto espacio de unas cuantas semanas, número prodigioso para aquella ciudad que no escedia en aquella época de diez mil almas. Una de las víctimas fué un viejo mercader nombrado Hughes, de ochenta y cuatro años de edad, sordo y casi ciego, consistiendo su solo crimen en tener una fortuna de ochocientas mil libras esterlinas. Para salvar su vida ofreció toda su riqueza con

(1) Jom. IV, 226. Ann. XXXIII, 421. James. I, 116, 117. Renvution, III, 336.